

MONTAÑISMO BILBAINO, SIN FEDERAR

POR MIGUEL ANGEL ASTIZ

No está muy lejos aquel tiempo en el que las gentes vivían casi unánimemente de espaldas al campo. Y en cuanto no había obligación de trabajar, el café lleno de humazo y olor a aguardiente, los divanes, el cigarro puro, el frontón, la reunión social, la partida de barajas o dominó, eran, con algunos otros pocos más, los elementos con los que, puesto el traje nuevo, los zapatos más lustrosos, la camisa limpia, llenaban el día de fiesta.

Es indudable que en los últimos años, se ha ido multiplicando, popularmente, en las ciudades, el afán de abandonar en cuantas ocasiones se puede, el recinto urbano, para marcharse al campo, al monte.

Y tan unánimemente como se defendían las ventajas de la ciudad sobre el campo, se defiende y se practican ahora las ventajas del campo sobre la ciudad.

Parece que se ha llegado a sentir el hartazgo de las calles prietas, del cemento, de la industria, de los locales cerrados, el convencionalismo social, el cuello y la corbata. Y al mismo tiempo, el afán de aire libre, de cansancio físico, de luz y sol y monte, el alejamiento de los centros urbanos para buscar la sanidad física y espiritual de la Naturaleza.

De un modo inconsciente, los que se sonreían y los que se reían abiertamente de los montañeros, nos han dado la razón.

Esto ha sucedido, antes y con mayor fuerza que en otras partes —porque los defectos de la densidad urbana e industrial han sido más graves también— en Bilbao.

No vamos a hablar ahora —porque no va al tema propuesto y por sabido además— de la selección magnífica de los montañeros, de la vibración cordial de amor por el País, ni siquiera de cómo el montañismo podría hacer unas estadísticas que dijeran cómo, al socaire de esa nueva tendencia que ha descubierto el gusto por lo natural, ha crecido.

Vamos a fijarnos en algo que sorprende más y más cuanto más se va conociendo, de lo íntimo del alma de Bilbao: un montañismo popular, muy generalizado, que abarca una serie de gentes muy distintas en cultura, en dinero, incluso en aficiones. Un montañismo, sin federar, desde luego, sin buzones ni partes, sin grupos ni equipos organizados, pero grande y efectivo.

Es, el montañismo del Archanda y del Pagasarri, de otros varios montes de las cercanías de la capital vizcaína. Un montañismo, generalmente, de mañana de domingo.



Desde el muelle de la ría de Bilbao, el monte Archanda: chabolas, pinares, funicular, zonas verdes, huertas, carreteras. Hacia este monte, hacia el Pagasarri que le mira, hacia muchos otros puntos de las cercanías de la capital vizcaína, se dirige ese montañismo sin federar, cada domingo y cada día de fiesta, del que se escribe en este trabajo.

(Foto Cecilio)

Jóvenes, y hombres maduros sobre todo, dejan Bilbao en la primera hora de los días de fiesta, para «hacer monte», prescindiendo para ello, naturalmente, de la posible noche tormentosa del sábado del chiquiteo, lo cual es ya un buen principio.

Los montañeros de mañana, comienzan a hacer sus primeras armas, en los montes cercanos: los chavales y los mozalbillos, descubren nuevas caras de la ciudad en la que viven, y nuevos horizontes de montañas y pueblos y caseríos, en escapadas rápidas y baratas que les van iniciando.

Los hombres maduros, puestos el «kaiku» y la boina, un bastón y unos pantalones ligeros, gozan de la libertad del campo, en salidas de cuatro o cinco horas de andar monte arriba y monte abajo, con el breve paréntesis de comerse el almuerzo y darle un tiento a la bota. Y andan lo suyo: quizá más que muchos de los que vamos al monte «en serio», y en menos tiempo.

Es corriente ver en Bilbao, al filo de las dos de la tarde, grupos que vuelven a casa, tostados o mojados, pero felices siempre de la caminata, con pena de haber tenido que meterse otra vez en el «bocho» que han visto, desde arriba, cubierto por una capa gris y azul de humo y de la evaporación densa de la vida de la ciudad.

A pie desde la villa, en combinaciones de trenes o autobuses de cercanías, este montañismo sin federar, va haciendo, en los alrededores de Bilbao, el mismo efecto que el

PYRENAICA

buen montañismo, con metas fijas y travesías y fichas, hace en los hombres que lo practican: aviva el amor a la Naturaleza, educa, forma, da conocimiento del País. hace tomar contacto con gentes del agro, despierta el afán de ver nuevos horizontes a paso reposado, desde ese mirador natural e incomparable que son las cumbres.

Sin este movimiento de evasión de la ciudad hacia el campo, se pudren las almas, se desconoce todo menos el ambiente artificial en el que se desarrolla normalmente la vida de los ciudadanos.

En Bilbao se ha dado siempre, quizá incluso por razón de cuidar de la salud, liberando a los pulmones de los aires más o menos envejecidos, y a los músculos de la atrofia de la vida sedentaria.

Ahora, parece que se da más que nunca.

Y merece la pena llamarlo montañismo, porque es muy distinto de la excursión que suele hacerse a un punto fijo, ida y vuelta en vehículo, y siempre a base de no andar, ni menos de subir monte arriba. Y porque sus virtudes, en un ámbito más pequeño, son las mismas en definitiva que las del más propio y organizado montañismo.

Más de una vez he hecho yo este pequeño de cercanías, bueno para empezar a querer al monte, y bueno para consolarse cuando las piernas y los pulmones no permiten el grande.

Y valga la confesión de que al principio, hasta me repugnaba: ir monte arriba escuchando, a no muchos metros, o viendo, los vagones de un funicular. Pasarse media o una hora caminando entre casas más o menos lejanas, huertas, chabolas en las que se oye cantar flamenco y canciones gallegas y palabras rotundas como navajazos, no me ha ido nunca. Llegar a la cumbre del monte, y ver, a un lado y a otro chimeneas de fábricas, los tejados en forma de sierra, de talleres y almacenes, y cruzar el cielo cables y más cables de teléfono y de energía eléctrica, y sentir en las narices y en el corazón, de vez en cuando la tufarada del humo de las factorías, no es cosa que vaya bien a nadie que de verdad quiera al monte. Y menos al que ha nacido y ha vivido mucho tiempo, gozando de la soledad y del maravilloso primitivismo de Aralar y Urbasa y Andía y Roncal y Salazar... por ejemplo.

Sin embargo, el cinturón industrial y humano de Bilbao, tiene fisuras por las que escaparse a lugares en los que —aun en el breve espacio de una mañana— puede uno hacerse la ilusión de que está en plena naturaleza, en un país no inundado por la industria y por gentes de todas las latitudes...

Por eso, un viejo y puro montañero como yo lo he sido, se ha puesto a escribir del pequeño montañismo que tiene su gran Club en todo Bilbao, con miles de hombres, jóvenes y maduros.

Quizá, muchos de los montañeros en plenitud —como me ha pasado a mí al principio— desestimen este otro montañismo que parece insignificante, que no tiene registros ni estadísticas ni clubs, ni tarjeta de federado.

Pero hay que valorarlo: por lo que logra, por lo que promete con esas primeras andanzas de los mozalillos, y por lo que consuela en definitiva a los que la edad y su cortejo de achaques, no les permite irse más lejos o más alto, aunque tengan muy lejos y muy arriba su corazón.